



LA CABEZA RODANTE DE LA REINA

I. Cómo perder la cabeza:

La cabeza de María Estuardo, Reina de los Escoceses, salió rodando por el suelo inglés cincuenta yardas colina abajo. El verdugo no podía creer lo que veían sus ojos; la peluca todavía pendía de sus manos cuando advirtió los restos de carne, hueso y sangre descender por la pendiente dejando un rastro siniestro de color rojo: Rojo como el manto con el que la monarca había elegido cubrirse para honrar su ejecución.

A pesar del invierno, aquél era un día soleado, como si el cielo hubiera estado esperando la llegada de tal momento durante años. Era como si Dios se hubiera compinchado con los nobles ingleses y escoceses que habían maquinado su caída.

El día estaba despejado, pero el viento soplaba frío. Cuando las gentes se acercaron a la plaza para ver el espectáculo de la cabeza sangrante y blanca de la reina extranjera que había intentado invadirlos colgando de lo alto, no pudieron evitar sentir como una sensación de escalofrío les recorría el cuerpo. Todo era demasiado normal. Todo el mundo había estado esperando ese momento durante muchos años y, sin embargo, nada grandioso parecía suceder. Solo una sensación de vacío, de incertidumbre. Algo no iba a salir bien, algo macabro estaba a punto de ocurrir en Fotheringhay.

.....



Aquella noche, Isabel I de Inglaterra se encontraba con malestar, había cenado en demasía. Sabía que los excesos a su edad ya no le sentaban bien así que se retiró rápidamente a sus aposentos para descansar. Además, el dolor de estómago le hacía estar de mal humor y no se sentía con ganas de hablar con su secretario esa noche. Los asuntos públicos tendrían que esperar a mañana.

Isabel llevaba demasiados años luchando por lo que le pertenecía, demasiados: Su trono, su voluntad, su religión, su pueblo. Tenía cada vez el pelo más blanco y cada cana era una preocupación. Españoles, franceses, irlandeses y escoceses le había estado amargando la existencia durante todo su reinado; algo que solamente se podía confesar a sí misma, pues ante los demás debía guardar las apariencias, debía hacerles creer que era de piedra. Que era inquebrantable.

No obstante, quién más dolores de cabeza le había dado a lo largo de toda su vida era su prima María, la reina de Escocia, a la que ni siquiera tenía el placer de conocer en persona. Pero aquello no duraría mucho; tenía planes para acabar con María y estaba decidida a llevarlos a cabo. Todavía no sabía cómo, pero lo haría.

Llamó a sus azafatas y sirvientas para que le ayudaran a desvestirse y a quitarse los abalorios y, tras despedirlas, se introdujo en su lecho. Al principio no pudo pegar ojo, pero finalmente Morfeo la atrapó en sus brazos y tuvo un sueño pesado. Al cabo de un rato despertó. Acalorada y sudada como estaba, sintió un miedo repentino a volverse a quedar dormida pero le pesaban los párpados sobremanera y, tras luchar por intentar mantener los ojos abiertos durante un rato, su cuerpo no pudo soportarlo más.



Tania Lobato

Isabel no recordaba cómo había llegado allí y sin embargo todo el mundo la miraba. Daba igual que fuera reina, que fuera *su* reina, sus súbditos se reían, cuchicheaban, gritaban y hablaban entre ellos sin ningún tipo de vergüenza. La miraban, bajaban la cabeza y la volvían a mirar como si tal cosa; la observaban con esos ojos suyos; esos ojos impuros, burlones, llenos de recochineo y picardía. Ojos sucios, pequeños y enjutos propios del vulgo. Todos sonreían al mirarla y lo hacían sin pudor, como si no fuera con ellos. Entonces se dio cuenta de que no los estaba viendo desde el balcón de la sala del recibidor de su palacio, como solía hacer, sino que estaba casi a su altura... Era como uno más de ellos. Solo se situaba ligeramente más elevada y al agachar la cabeza para comprobar donde se hallaba, se dio cuenta de que estaba encima de una tarima provisional como las que se montaban para las ejecuciones. Eso era, lo vislumbró en esos momentos: iban a ejecutarla. Tuvo una revelación tan clara que de repente lo recordó todo, era una de esas visiones que se tienen después de muerto. Su clarividencia espontánea le hizo entender qué había pasado, cómo y por qué. Supo en esos momentos cuál era la desgracia que había permitido que las tornas se girasen y que su suerte se volviera contra ella. Había sido una malaventura, un desdichado infortunio, y lo estaba a punto de pagar con su propia sangre. Vio al verdugo, vio cómo se acercaba a ella hacha en mano y cómo los ayudantes la colocaban en posición. Al cerrar los ojos se vio a sí misma, o mejor dicho a su alma, vagando por las calles vacías de su reino. Ya no había más ingleses en ellas, solo escoceses pelirrojos, gritando algo ininteligible. Empezó a sudar, abrió los ojos y vio como el verdugo alzaba sus brazos. De repente ya no estaba en el patíbulo. Estaba en el suelo y la plebe la señalaba con el dedo, riéndose. Se dio cuenta entonces de que ella ya no era ella, sino tan solo su cabeza. Le vino una sensación inevitable de vértigo y se mareó. Sintió miedo. Miedo no, pánico. Sentía un palpitar tan intenso en las sienas que parecía que se le fueran a reventar. Sabía qué iba a venir después y no quería verlo. Aún estaba mareada, más si cabe que antes. Le vinieron nauseas. Estaba a punto de desfallecer allí mismo, en



Tania Lobato

cualquier momento y sin previo aviso. De algún modo extraño y sin ella darse cuenta, le dieron la vuelta de repente. Y entonces pudo contemplar, allá a lo lejos, de una manera tan nítida como real, su cuerpo caído en el suelo de la tarima.

Aún le seguía brotando sangre... a borbotones.

.....

Del techo del Salón de los Embajadores del palacio pendían pequeñas agujas procedentes de cada uno de los puntos donde convergían las aristas que conformaban el artesonado. Entre arista y arista, se podían observar unos huecos grandes y cuadrangulares denominados casetones, que estaban decorados con pinturas que recreaban diferentes motivos clásicos típicos de la mitología grecorromana. La sala se había edificado recientemente en el lugar que ocupaba la antigua recepción de la torre del homenaje, antes de perderse ésta entre las llamas junto con otros recintos importantes.

El capitán Edmund Smith había venido desde Londres expresamente solo para verla, pues ella lo había mandado llamar. Hacía poco acababa de desembarcar en el puerto de Plymouth, después de haberse pasado un año y medio trabajando a las órdenes de la corona inglesa en las costas caribeñas. Smith había sido ayudante de primera mano de Sir Francis Drake en sus mejores años y había aprendido a hacer sufrir a los barcos españoles que recorrían el Nuevo Mundo. También había trabajado para Hawkins y para otros insignes corsarios, por lo que a estas alturas de su vida, el capitán Smith era un profundo conocedor de todos los asuntos y negocios relativos al mar. A Isabel le gustaba charlar con sus valientes marines no solo de negocios, sino también de los numerosos secretos que escondía el Gran Azul y de las gentes de ultramar y sus costumbres. Siempre le contaban historias fascinantes y ella siempre sabía cómo sacar partido de ellas.



Al saberlo de nuevo en casa, Isabel había citado al afamado capitán. Necesitaba su consejo. Así pues, tras dos horas departiendo sobre asuntos de Estado, le preguntó acerca de lo que la torturaba:

- Mi estimado y valiente capitán, vos sabéis que yo os tengo un enorme aprecio y una gran confianza, por lo que hay asuntos que, cómo bien sabéis, solo puedo consultar con vos.
- Majestad, si vos tenéis dicha confianza en mí, yo estoy dispuesto a escucharos, pues la estima es mutua. Decidme que os contraria, mis oídos son todos vuestros. –Respondió Smith.
- Veréis, no sé si estaréis del todo al tanto de lo que pasa a este lado del mundo, pero... probablemente sabréis que hace tiempo que tengo una larga disputa con mi prima María, la reina de Escocia, por mis dominios. –Al ver el asentimiento de cabeza de Smith, Isabel continuó, no sin antes vacilar un par de segundos:
- Pues bien, mi prima... o dejémoslo simplemente en la reina de Escocia, no es ni de lejos, a pesar de lo que dicen las habladurías, una persona incompetente o tonta. Para haber estado durante tantos años alejada de su patria, sabe mucho de los asuntos del país así como de todo lo concerniente a Inglaterra. De lo contrario, hace ya tiempo que habría acabado con ella, ¿me seguís?
- Sí, Majestad, os sigo. Pero si me permitís, me gustaría formularos una pregunta: ¿no es cierto que la reina de Escocia tiene una conducta, digamos, un tanto laxa?
- Sí capitán, laxa lo que se refiere a los hombres, pero sabe manejar muy bien los asuntos de Estado. Yo diría que, a pesar incluso de lo que sus propios nobles llevan toda la vida maquinando contra ella, ha sabido esquivar sus embestidas bastante bien. Sobre todo siendo católica. –En esos momentos la reina hizo una pausa para reflexionar muy bien sus siguientes palabras. Tras un breve silencio, frunció el ceño y volvió a hablar:



Tania Lobato

- Mirad, capitán Smith, yo sé que María tiene muchas flaquezas pero, si os soy sincera, no creo que yo tenga todas las de ganar esta guerra que llevamos librando durante años. Yo no soy tan astuta... o al menos no tengo tanta suerte. Quizás es que no he sabido conspirar lo suficiente. No lo sé, es igual. El caso es que el motivo de nuestra cita es que me gustaría que vos, que habéis recorrido tanto mundo y habéis conocido las costumbres más extrañas de los pueblos más exóticos, me aconsejarais sobre cuál es la mejor manera de acabar con María. –El capitán Smith hizo entonces un gesto de no entender del todo bien hacia dónde estaba conduciendo la conversación. Isabel hizo una pausa para aclararse la voz e intentó formular la cuestión de una manera más directa:
 - Capitán, lo que yo deseo es que me expliquéis si existe alguna poción mágica o cualquier cosa que hayáis aprendido de los indios que me permita debilitar a mi prima. –Para su sorpresa, el capitán respondió:
 - Por supuesto.
 - ¿Y bien?
 - La magia negra. Los indios caribeños tienen por costumbre practicar cierto rito cuando alguien no les gusta... Consiste en clavarle agujas a una recreación lo más fiel posible de la persona odiada. Puede ser un retrato o un simple muñeco de trapo, pero ha de llevar los rasgos característicos de esa persona perfectamente definidos para que los espíritus que obran en su contra no equivoquen su objetivo. Le llaman vudú.
 - ¿Vu... dū, decís?, ¿lo he dicho bien?, ¿y cómo tengo que clavarle las agujas?, ¿y cuántas?
 - Sí, vudú, no hace falta que hagáis la pausa en medio. El mecanismo es sencillo. Tan solo tenéis que pinchar en cada una de las partes del muñeco donde queréis que se refleje el dolor real. Por ejemplo, podéis ponerle una en cada uno de los miembros. Si además le pincháis al muñeco en las orejas o en los



Tania Lobato

ojos ella quedará sorda o ciega, si le pincháis en la boca se quedará sin habla. Si le pincháis en el vientre le cogerá un dolor tremendo que le imposibilitará moverse de la cama hasta que le extirpéis la aguja. Y si pincháis al muñeco en el corazón, ella morirá.

En esos momentos una idea vaga, una idea venida de un sueño, le vino a la cabeza:

- ¿Y qué pasa si pincho en el cuello?
- Pues no lo sé, ciertamente. Pero supongo que lo más lógico sería que perdiera la cabeza.

.....

No le iba a pinchar en el corazón. No la quería muerta repentinamente. Quería que hubiera primero un proceso contra ella, quería encarcelarla, que sufriera. No quería que se le manchasen las manos, todo debía ocurrir como si hubiera sido fruto de la casualidad. La haría huir de Escocia. La traería a Inglaterra y la llevaría a Sheffield y allí la encerraría. Después la llevaría a Fotheringhay a que viera su fin.

Después Isabel I, reina de Inglaterra, decidió clavar la única aguja que poseía en el la única parte que se le ocurrió del cuerpo del muñeco de su prima María: el cuello.

.....



II. Cómo hacer tratos con fantasmas:

Aquel 8 de diciembre de 1542 hacía un día soleado pero frío en Fotheringhay. Desde lo alto del castillo, Isabel, sonriente, observaba la escena. Y pensar que eso era lo que ella había soñado... Sabía que su sueño había querido significar algo. Le había querido decir que tenía que conseguir que María ocupase su lugar: pero no su lugar en el trono, sino en el patíbulo.

Isabel observó cómo la cabeza de María Estuardo, salía rodando unas cincuenta yardas colina abajo. La peluca todavía colgaba de las manos del verdugo mientras la testa, toda calva y sangrante, descendía por la pendiente dejando un rastro siniestro de color rojo.

La escena debió impactar a todo el vulgo y no solo a los espíritus más sensibles porque, extrañamente, todos los allí reunidos se quedaron callados, expectantes, como si supieran que esto iba a ser el principio del fin.

Efectivamente, tan solo unos días después comenzó la tragedia: primero fue en Fotheringhay donde empezaron a aparecer por arte de magia numerosos cuerpos descabezados. No se sabía quién lo había hecho, ni cómo, ni cuándo ni por qué. Simplemente aparecían y no respetaban edad, sexo o profesión: campesinos, artesanos, soldados, cazadores, comerciantes, clérigos, hombres, mujeres, niños, ancianos, jóvenes... todos y cada uno de ellos caían descabezados en el suelo y el miembro siempre se encontraba a varias yardas de distancia de los cadáveres.

Más tarde la desventura quiso cebarse con la población de Sheffield. Algunos ya empezaban a hablar de un nuevo brote de peste, de una plaga extraña perpetrada por algún tipo de brujería. Después de Sheffield vinieron Manchester, Newcastle, Leeds, Nottigham... e incluso Birmingham, Cambridge, Plymouth y otras muchas ciudades del país.



Tania Lobato

Todas en mayor o menor medida estaban sufriendo un brote de cuerpos repentinamente descabezados. Hubo casos incluso en Londres.

Todas estas desgracias alteraban a Isabel e iban empozoñando su alma. Sentía que algo se le estaba yendo de las manos. Una noche volvió a soñar.

Estaba tendida en la cama, cansada mirando al techo cuando un chasquido atrajo su atención:

- Estoy aquí –Dijo una voz. –Sí, aquí. Mirame.

La reina giró la cabeza hacia su lado derecho pero no vio nada. Luego se volvió hacia el costado izquierdo y tampoco. Miró arriba y abajo y buscó pero no encontraba nada.

- Aquí mismo estoy, a tu vera. –Replicó la voz. Por fin la vio.

- ¿Quién... quién eres?

- ¿No me reconoces?, ay Isabel, pensaba que eras más lista... soy tu prima, soy María, ¿qué te parece?

- Ma... ¿María? – La cara de Isabel estaba blanca como las cortinas que velaban su lecho.

- La misma que viste y calza. ¿Quién sino? Por fin nos conocemos.

- Ahora que lo dices, debería haberlo notado por tu acento –Contestó Isabel, intentando recuperar la compostura.

- Sí, los escoceses tenemos un deje muy marcado e incluso a mí, que soy reina, se me escapa.

- No, si me refería a tu acento francés. –Contestó Isabel- María, tú siempre has sido una extranjera, incluso para los tuyos. Por eso te traicionaron, por eso estás muerta.

- Ten cuidado con referirte así a los difuntos, primita, que creo que, aún estando muerta, me debes un poco de respeto.

- Yo no te debo nada.



Tania Lobato

- Me lo debes y lo sabes. Están pasando cosas que no te gustan, Isabel, cosas que hacen que... ¡estés perdiendo la cabeza! –Contestó María pegando una risotada. Era una risa lúgubre, irónica, macabra.
- ¿Es cosa tuya todo esto?, ¿Por qué?, ¿por qué lo haces?, yo he sido justa contigo, viniste exiliada de tu propio país, pidiendo asilo ¿y ahora me culpas por ello? Han sido los tuyos María, ¡los tuyos!, los que te han ocasionado tal desgracia. Ellos te traicionaron.
- ¡¡¡No!!!, ¡Tú me traicionaste, tú!
- Tú y yo nunca hemos sido amigas. Y fue por tus nobles y no por mi causa por lo que...
- Escúchame, Isabel –La interrumpió- Si quieres que todo esto acabe solo hay una cosa que quiero que hagas. Después de eso te dejaré en paz. Palabra de fantasma. Estoy harta de vagar por ahí cortando cabezas, ya me aburre. Quiero descansar en paz.
- Está bien, ¿Qué deseas? –Isabel no conseguía salir de su asombro. Su prima, aún después de muerta, le estaba ofreciendo un pacto. Siempre había sido una gran negociadora.
- Quiero que le quites la aguja que le has clavado a mi muñeca, no sabes los dolores de cuello que me está ocasionando... y después quiero que te deshagas de ella. Al fin y al cabo ya no la necesitas. Ya conseguiste lo que querías, ¿no?
- ¿Y por qué habría de hacer eso?
- Mira querida, se le llama chantaje. Has de hacer eso porque, si no lo haces, la próxima cabeza que rodará será la tuya.

Isabel no lo podía creer, debía estar soñando... ¡estaba siendo coaccionada por un fantasma!

- De acuerdo, acepto. –Dijo. – Te prometo por Dios y por mi reino que quitaré esa muñeca del medio.
- Muy bien, pues entonces mi visita ya ha finalizado, me marcho.
- Hasta nunca.
- Adiós. –Contestó María, pero el fantasma seguía allí.



Tania Lobato

- ¿No te ibas? –Replicó Isabel.
- Perdona, se me ha olvidado decirte algo: Has de saber que bajo tu voluntad o no, Inglaterra será gobernada por un rey escocés. No obstante, no te olvides de deshacerte de la muñeca. Quémala, qué sé yo. Pero quítala de mi vista porque sino, en vez de tiempos de paz, verás tiempos de guerra. Que tengas dulces sueños, prima Isabel. –Dijo, y con una sonrisa diabólica se desvaneció.

.....

Al día siguiente, de buenas a primeras, dejaron de aparecer cuerpos descabezados en las ciudades de Inglaterra, y lo que había llegado a ser casi un asunto de Estado, de golpe, se olvidó. Era como si la gente tuviera miedo a que aquellos horribles hechos volvieran a suceder tan solo con nombrarlos. La policía cesó de investigar y los ingleses dejaron de hablar de ello. No quedó ni siquiera un triste documento que pudiera testimoniar lo acaecido. Ni siquiera caló como leyenda.

Pasaron los años, las décadas e incluso los siglos... y una tarde de Halloween, dos vendedoras de una tienda de objetos de segunda mano de Edimburgo, la capital de Escocia, estaban abriendo una caja procedente de una donación, en cuyo interior había una serie de objetos viejos, destartalados y cubiertos de polvo; entre los cuales se hallaban algunos muñecos de trapo:

- Mira –Le dijo la una a la otra- ésta tiene una marca negra en el cuello...
- A ver, déjame mirar...
- Ten cuidado porque he notado que... -No había ni terminado de decir la frase cuando, de repente, la cabeza de la muñeca salió



Tania Lobato

disparada hacia el suelo echando a rodar por toda la moqueta...que le bailaba un poco la cabeza.

- Vaya, ¡qué susto me ha dado!
- Yo también me he llevado un susto tremendo. Es extraño. Parece que no se le sostiene, ¿verdad? –Dijo la primera mientras se agachaba a recoger el resbaladizo miembro.
- No, no se le sostiene. Mira, podríamos ponerle un hilo para sujetarla... así... para que no la pierda... mira, aguántala tú... sí, así...
- Déjame ver... ¿cómo?... así...
- ¡Ah!, ¡ya sé lo que es!, ¡ya sé lo que le pasa! –Interrumpió la otra de golpe, como si le hubiera venido una revelación– ¿Sabes porque no se le sujeta?
- No, ¿Por qué?
- Porque es la cabeza de María Estuardo, que murió degollada.
- Ahhhh.... claro.
- Da miedo ¿eh?
- Ja, ja, ¡mucho!
- Cuando le hayamos colocado el hilo, la colgaremos en el escaparate. ¿Te parece bien?
- Me parece fenomenal, quedará precioso.

Al cabo de un rato cerraron la tienda y muñeca se quedó suspendida de un palo junto al cristal, observando a los transeúntes que pasaban. Parecía que una sonrisa malévola le asomase en la cara, como si quisiera decirle algo al mundo.

(Noviembre y diciembre de 2008)